

opinión

La inclusión educativa, una mirada actual

Un sistema educativo será de calidad cuando reconozca a cada uno de los alumnos como es y logre su total inclusión



por Cristina Luna Brosa

La educación es un derecho humano fundamental que es básico para alcanzar el desarrollo global de la persona. Una educación de calidad es imprescindible para garantizar un buen nivel de vida a todos los miembros de la sociedad y en especial a las personas, que, por sus características personales son susceptibles y necesitan más ayuda.

Una educación de calidad debe normalizar las diferencias individuales, entendiendo y aceptando que se ha de adecuar el sistema de tal modo que se incluyan todas las formas de aprender y las diferentes situaciones. Se ha de diseñar la propuesta de aprendizaje para responder a todos los alumnos sea cual sea su condición personal, desarrollando al máximo todas sus capacidades cognitivas, emocionales y personales. Un sistema educativo será de calidad cuando reconozca a cada uno de los alumnos como es y lo incluya en la vida escolar. Aceptar el reto de atender a la diversidad supone un elemento que enriquece el proceso de enseñanza-aprendizaje y conlleva ventajas personales y sociales para todos los miembros del aula.

En los últimos tiempos y después de la entrada en vigor del decreto de inclusión educativa del año 2017 en Cataluña, el proceso inclusivo está viviendo un momento delicado, donde los miedos e inseguridades están dando paso a una incerteza en cuanto a cómo se está viviendo la inclusión en las escuelas.

NECESIDADES CON RESPUESTAS INCOMPLETAS

La inclusión supone una mirada y una actitud frente a la persona, la vida, la educación y la sociedad, derivada de

una visión integral del ser humano. Llevamos muchos años de tradición inclusiva que debía fortalecerse con el reconocimiento oficial de la necesidad de recursos para favorecer el éxito del trabajo en diversidad. Pero el efecto no está siendo el esperado. La escuela necesita pensar en lo que ya hace bien y no solo en lo que necesitan. Parece que se está perdiendo el sentido real del hecho inclusivo. Ha llegado el momento de recordar el porqué de la inclusión, dejando de lado el cómo. Ahora sólo pensamos y damos fuerza al cómo: necesitamos más maestros, necesitamos materiales, necesitamos personal especializado.... necesitamos... y de esta manera estamos descentralizando la capacidad de nosotros mismos y ubicamos el éxito en lo que viene de fuera, en lo que debería ser el complemento y no la esencia. Estamos perdiendo la competencia de hacerlo, la mirada en la posibilidad, en la capacidad y nos estamos volviendo a centrar en el déficit, en lo que falta.

Nadie puede negar que la educación necesita más formación, más recursos y más especialización y eso pasa por más personal, organizaciones más flexibles y competenciales y personal preparado, pero no podemos echar la culpa del fracaso del sistema solo a que no se cumplen estas condiciones. El mayor y más evidente problema radica en la falta de creencia hacia la persona,

Hemos de recuperar la creencia natural en la persona, en nosotros como profesionales y en la escuela como espacio de aprendizaje



hacia la diversidad y hacia los profesionales.

APRENDER JUNTOS ALUMNOS DIFERENTES

Lo que estamos olvidando es que la diferencia es una condición natural y humana, que la escuela es un derecho fundamental social y que se ha demostrado que aprender juntos alumnos diferentes no sólo es posible, sino que es beneficioso. Debemos recordar que bajo el paraguas de la inclusión debe haber un concepto de alumno concreto y una expectativa favorable hacia las posibilidades y capacidades de aprendizaje, hacia las posibilidades de participación y de progresión. Bajo el marco de la inclusión subyacen conceptos como la diversidad y la equidad, que corresponden a paradigmas que deberían estar ya superados. Estos conceptos están en la base de lo que es el sistema social y si no se educa de forma vivenciada en la escuela no se podrá normalizar en el entorno de la sociedad, lo que pone en peligro el equilibrio colectivo.

Con demasiada frecuencia, estamos oyendo que este niño no puede seguir el ritmo de sus compañeros. ¿Qué significa seguir el ritmo? Si pudiera seguirlo, si pudiera hacer lo mismo que el resto, ya no hablaríamos de diversidad ni de inclusión. ¿Por qué estamos haciendo el sistema más rígido? ¿Por qué somos más exigentes con los niños que tienen problemas para desarrollarse y aprender? ¿Dónde está el límite de quien puede seguir el ritmo y quien no puede? Realmente ¿qué ritmo es el que no puede seguir?

Hay un elemento crucial que podría compensar y ayudar en el proceso inclusivo y son las familias. El discurso que defiende que la escuela y los maestros son los que han de trabajar por el niño y que se sienten, muchas veces solos, no es más que una consecuencia natural de no incluir en el proceso a las familias. Los padres son los que mejor conocen a sus hijos y los que mayor interés tienen en que la inclusión sea un éxito. Las familias de los compañeros, si están bien informados y toman parte conociendo los casos y entendiendo como sus hijos se benefician de la situación, pueden ser un pilar importante que ayudará a compartir el reto que la institución tiene hacia los niños y el grupo clase. Trabajar los profesionales con las familias, aunar el conocimiento y la experiencia con la necesidad, la fuerza, el interés y el amor de las familias, puede ayudar a compartir responsabilidades y descargar presión sobre la escuela y los maestros.

Debemos reflexionar sobre lo que está pasando, más que nunca nos estamos cuestionando nuestra capacidad inclusiva en la escuela ordinaria y no siempre es la falta de personal lo que dificulta el éxito, muchas veces las expectativas, las creencias, los miedos, las prisas y necesidad de inmediatez nos están jugando un flaco favor. Hemos de recuperar la creencia natural en la persona, en nosotros como profesionales y en la escuela como espacio natural de aprendizaje.

Cristina Luna Brosa es licenciada en psicología por la Universidad de Barcelona y máster en Neuropsicología clínica. Actualmente es profesora asociada de la Universidad de Barcelona y de la Universidad Internacional de Cataluña. También, es directora de la Fundación Talita.